

sacan de su hogar en números sin precedente. Esos procesos golpearon y tambalearon el modelo de familia patriarcal, pero eso no debilitó los principios de responsabilidad en las mujeres para ofrecer bienestar familiar, movilizándose para resolver problemas tales como agua, comida, casa y salud. Dentro de un ambiente político distinto, ellas demandan más derechos igualitarios, de orden democrático, y sus derechos humanos como ciudadanas. Tal como Kaplan comenta, las imágenes de las mujeres mexicanas a modo de madres sufrientes y seres desposeídos, objetos del deseo masculino o como obstáculos de la modernidad, han retrocedido. La mujer mexicana ha tomado como plataforma central su actividad movilizadora en el seguimiento de sus derechos humanos, sociales y políticos.

Alba H. González Reyes  
UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Mario Aldana Rendón, *Manuel M. Diéguez y la revolución mexicana*, El Colegio de Jalisco, Zapopan, 2006.

En 1911 Mariano Azuela publicó una novela titulada *Andrés Pérez, maderista*, misma que, según John Brushwood, puede considerarse como la primera novela sobre la revolución mexicana. El mismo crítico e historiador de nuestra literatura encuentra en esta novela no una denuncia en contra del movimiento maderista, sino de la corrupción de que dicho movimiento fue objeto por parte de los grupos más representativos del porfirismo, sociedad supuestamente condenada a la desaparición.

Así, aun antes de que el asesinato del llamado apóstol de la democracia provocara el levantamiento generalizado en contra de Victoriano Huerta, pronunciamiento que para muchos marcó el inicio efectivo de la revolución, desde la literatura se mostraban indicios de desconfianza en la posibilidad de que los fines que perseguían los insurrectos logran concretarse a cabalidad, no sólo por las acciones que provenían de los grupos desafectos a la revolución, sino también debido a ciertas prácticas corruptas del mismo grupo revolucionario.

Evidentemente, la creación literaria no fue la primera disciplina en mostrar interés por el fenómeno revolucionario, pero sí puede decirse que la atención que le dispensó corrió pareja con la que, a partir de su iniciación, le prestaron otras actividades intelectuales: desde el periodismo hasta las ciencias sociales y humanas, cuyos practicantes, tanto nacionales como extranjeros, la hicieron objeto de conocimiento desde los más variados puntos de observación y enfoques analíticos.

Como suele suceder con todos los nuevos temas de estudio, los primeros acercamientos a su conocimiento se ocupan de los aspectos más generales, los más aparentes y que más impacto tienen en la sociedad que los experimentó, con lo cual allanan el camino a posteriores interesados que se aproximan a las particularidades del mismo asunto con el propósito de acrecentar y profundizar en el entendimiento del fenómeno en cuestión.

Hacia los primeros años de la década de los cuarenta afloró la necesidad de hacer un concienzudo análisis de la naturaleza de esa guerra civil, así como un riguroso balance de sus logros y fracasos. De tal suerte, los partidarios incondicionales de

la revolución mexicana declararon la vigencia indefinida de esta como motor inagotable de las transformaciones que en el futuro experimentara la vida pública nacional, en tanto que para otros ya no era más que un "hecho histórico", cuya capacidad inspiradora de los cambios estructurales de la sociedad mexicana se había extinguido y sus ideales primigenios se habían convertido en palabrería hueca, sólo útil en discursos de políticos cuyas limitadas miras les impedían concretar las metas todavía inalcanzadas que se había fijado la revolución.

En este sentido, la aparición, en 1947, de dos textos, *La crisis de México*, de Daniel Cosío Villegas, y *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez, parecen marcar el inicio de una más adecuada toma de conciencia del significado social, político, económico y cultural que tuvo el movimiento revolucionario.

En la actualidad ya no son muchos los que sostienen la plena vigencia de la revolución mexicana, y es menos frecuente que se recurra a su ideario como bandera política. Estas circunstancias parecen indicar cada vez con mayor firmeza su condición de hecho histórico y, en tanto que tal, sujeto a exámenes menos parciales que permiten un mejor acercamiento a lo que realmente sucedió y dilucidar más claramente si la revolución mexicana no fue sino un mito genial sobre el que se edificó el moderno Estado mexicano, o si, por el contrario, este es producto genuino de una transformación radical de las estructuras políticas, sociales y económicas cuyos cimientos inmovibles fueron obra del movimiento revolucionario que dentro de tres años cumplirá su primer centenario.

La preocupación de Mario Aldana Rendón al escribir *Manuel M. Diéguez y*

*la revolución mexicana* no ha sido la de defender la permanencia de la revolución ni ayudar a cavar su fosa definitiva, sino que su trabajo se dirige a contribuir al desbrozo del camino hacia un mejor entendimiento de la revolución mexicana, y para hacerlo eligió la biografía, género de escritura que los historiadores frecuentan poco, pero sin descuidar los cánones historiográficos propiamente dichos. Más que un híbrido, el resultado de esta combinación nos franquea el tránsito de las vicisitudes individuales a los acontecimientos generales, tránsito que hace visible la interpenetración de la vida personal con la pública.

Por eso, a lo largo de 550 páginas, divididas en una introducción, ocho capítulos y un epílogo, Mario Aldana nos conduce por las líneas convergentes y divergentes de la vida personal de un hombre con las ideas revolucionarias y las acciones que se tomaron para que aquellas se concretaran. Las restantes 40 páginas que rematan el volumen contienen la relación de las abundantes fuentes informativas a que recurrió el autor para respaldar las conclusiones a que llegó y un muy útil índice onomástico. Desde este punto de vista, se trata de una obra que demuestra la habilidad metodológica que Mario ha adquirido a lo largo de los años que ha dedicado a la investigación histórica.

Si bien es cierto que en esta obra se encuentran los cinco aspectos que, según Philippe Lejeune, estructuran los textos biográficos, aspectos que consisten en la leyenda familiar, la vocación temprana del biografiado hacia un determinado campo de acción, la defensa de las decisiones que tomó ante sus opositores, la descripción de sus virtudes y las peculiaridades de su vida cotidiana, estos elementos no oscu-

recen los principales objetivos que se persiguen en este trabajo.

Ya desde la introducción, Mario Aldana nos advierte que uno de sus puntos de partida es el de la reincorporación del individuo como agente activo en el curso de la historia, es decir, la capacidad efectiva que tiene para influir en el rumbo que toman los acontecimientos; pero también pone de manifiesto las circunstancias ante las cuales tal influencia no puede menos que resultar impotente. En este caso, el autor plantea las divergencias entre los diferentes grupos revolucionarios como los principales obstáculos a los que Diéguez tuvo que enfrentarse para contribuir a dar a la revolución mexicana la dirección que él tenía como la correcta. Sin embargo, y aquí se encuentra otra clave para la lectura del libro, deja muy claro que tales divergencias, que finalmente resultaron en una ruptura definitiva, estuvieron muy lejos de ser ideológicas, o de haberse generado en distintas posiciones de clase. Para Aldana, el principal motivo de desunión entre los caudillos revolucionarios fue la lucha por el poder. Se trata, pues, en última instancia, de la defensa de intereses personales.

En este sentido, Mario saca a la superficie las pasiones políticas individuales que sustituyen el aspecto racional, general, de los objetivos propios de la revolución que inicialmente abanderaron los insurrectos en su conjunto en tanto que movimiento social, cuyo resultado debía generar los cambios estructurales en todos los ámbitos de la vida pública para garantizar mejores condiciones al conjunto de la sociedad.

En esta historia, digamos que pasional, de la revolución mexicana, la minuciosa descripción que hizo el autor de todas y cada una de las batallas y cam-

pañas en que participó Manuel M. Diéguez, desde mi punto de vista, no sólo sirve para destacar la impresionante labor que llevó a cabo como estratega, combatiente y conductor de ejércitos, sino que también, y esto me parece más importante, cumple con la función de escenario en el que podemos apreciar la serie de alianzas que surgen y se transforman de acuerdo con el resultado de cada enfrentamiento, cosa que da lugar a la consolidación de los dos bandos que finalmente se disputaron la conducción definitiva y el usufructo posterior del movimiento revolucionario.

A medida en que el autor va dando cuenta de esta serie de reconfiguraciones facciosas, también va destacando la figura de Manuel M. Diéguez cada vez más sola, más aislada, en su afán de hacer coincidir el ideario de la revolución con las prácticas políticas y sociales que le permitieran hacerlo realidad.

No obstante todo el poder e influencia que Diéguez alcanzó como resultado de sus méritos en las luchas por llevar a la revolución al triunfo, proceso del que tan bien nos informa Mario Aldana, tal parece que en no pocas ocasiones su determinación en mantener la continuidad entre sus ideas acerca de la sociedad y las acciones que consideraba necesarias para transformarla lo llevaron a pasar por alto algunas de las circunstancias sociopolíticas concretas y a adoptar posiciones intransigentes que no le permitieron alcanzar las metas que se había propuesto.

En este aspecto, creo que el análisis que hace Mario Aldana de la estancia de Diéguez en la gubernatura de Jalisco entre 1914 y 1919 resulta doblemente ilustrativa. Por una parte, el autor remarca la predominancia de las ideas de la doctrina

social católica que, por conducto del Partido Católico Nacional, habían logrado concretarse en leyes y decretos sancionados por el Congreso local. De esto resulta que en tanto que la *violencia revolucionaria* cubría la mayor parte del territorio nacional, Jalisco había logrado —de forma pacífica— dotarse de estructuras legales que respondían a las necesidades internas.

De tal suerte, la llegada de Diéguez al poder ejecutivo de Jalisco y la imposición de medidas emanadas del ideario revolucionario, no sólo arruinó toda la labor legislativa anterior, sino que su alta dosis de anticlericalismo, cuyos orígenes también explica Mario Aldana, aunada a la notable similitud entre no pocos de los mandatos del régimen de Diéguez y los correspondientes que había emitido el Congreso local católico, terminaron por exacerbar todavía más la animadversión de los jaliscienses hacia la revolución.

Este rechazo al nuevo régimen, lejos de aminorarse con el paso del tiempo, cobró todavía más evidencias en 1918, cuando Diéguez pretendió acogerse al artículo 130 de la Constitución de 1917 y limitar el número de sacerdotes que podían officiar en el estado, asunto del que se ocupa con profundidad Mario Aldana, por lo que me circunscribiré a decir que el conflicto que esto generó se resolvió con una derrota incruenta que los católicos infligieron a la Constitución un día antes de que esta cumpliera su segundo aniversario.

Si esto da cuenta del empeño que puso el primer gobernador revolucionario de Jalisco en transformar las estructuras antiguas, también muestra la incapacidad de Diéguez de apartarse en lo más mínimo de sus ideales, incapacidad que lo llevó a estrellarse en más de una ocasión

contra la realidad concreta de las circunstancias políticas, sociales y culturales que prevalecían.

Pero esto no significa que Diéguez haya debido renunciar a sus convicciones y sumarse a las componendas y traiciones que cometieron algunos de los más sobresalientes protagonistas de la revolución, asuntos de los que Mario Aldana da cuenta. Mi intención es solamente resaltar algunos de los rasgos que le confieren la dimensión trágica que a menudo encontramos en esta obra y que adquieren todo su significado a la luz del análisis que hizo Mario de las posiciones que adoptó Álvaro Obregón, análisis que lo coloca en el extremo opuesto a Manuel M. Diéguez.

Para hacer comprender mejor esta oposición, Mario recurrió a un seguimiento, que resulta tan minucioso como la descripción de las empresas militares de Diéguez, de las huellas que encontró para mostrarnos el proceso de construcción de su personalidad política, social y moral. A pesar de que, como el mismo autor nos advierte, muchos aspectos de la vida personal, íntima, del general Diéguez permanecen ocultos, gracias a esta pesquisa llevada a cabo en los más disímiles documentos, Mario nos revela el significado social que adquirieron las experiencias vitales de Diéguez y nos permite apreciar cómo se ubicó en la sociedad que le tocó vivir y cuáles fueron los resortes que lo impulsaron a adoptar una posición determinada ante las distintas encrucijadas que se le presentaron, posiciones que, una a una fueron determinando el curso de su vida y las circunstancias que provocaron su fusilamiento por traidor a la revolución, cargo que se le hizo como consecuencia de su apoyo a la rebelión que

provocó la candidatura a la presidencia de Plutarco Elías Calles impuesta por Álvaro Obregón.

En suma, pues, creo que en *Manuel M. Diéguez y la revolución mexicana* se codean en igualdad de importancia la biografía y la historia, lo individual y lo colectivo, para ofrecernos la ruta vital de un hombre. Creo que con este libro Mario Aldana no se propuso convertir a Manuel M. Diéguez en el único hombre poderoso de la revolución que permaneció indemne a los embates de la pasión por el poder y por eso erigirle un monumento. Desde mi punto de vista, el propósito final es el de ejemplificar con Manuel M. Diéguez la actuación de muchos otros participantes en el movimiento revolucionario que, al igual que él, contribuyeron a generar el poder aglutinante que ejerció a lo largo de varias décadas y que fue disgregándose a medida que fueron verificándose las desilusiones populares respecto de las reivindicaciones sociales y económicas que se les habían prometido.

Las palabras finales de la obra no pueden ser más ilustrativas de esta carrera decepcionante de la revolución mexicana. Después de narrar las peripecias que culminaron con el desvanecimiento *post mortem* de los cargos de traidor y el reconocimiento de los méritos de Manuel M. Diéguez, Mario Aldana llega a la conclusión de que tal reincorporación se debió a la necesidad del Estado de dotar de unidad al movimiento revolucionario, propósito que tuvo buen éxito. De tal suerte, el autor concluye que

la síntesis ideológica impulsada por el Estado mexicano funcionó casi a la perfección y, salvo algunas excepciones, “revolucionarios eran todos” y todos debían recibir

el reconocimiento y los honores que por méritos les correspondían. Atrás quedaban los conflictos de clase, las luchas por el poder entre las elites regionales, los apetitos y las ambiciones personales, las venganzas y las muertes innecesarias, el enriquecimiento y la corrupción de los líderes y caudillos, el empobrecimiento de la población, en fin, esa visión unificadora y glorificante pudo maquillar durante muchos años las profundas contradicciones que dividieron a los revolucionarios.

En resumen, pues, se trata de un esfuerzo que se dirige a hacernos más claro y comprensible el proceso que condujo a este resultado mediante el análisis de los principales personajes y de las circunstancias históricas que los rodearon.

Agustín Vaca  
EL COLEGIO DE JALISCO/INAH

Roberto Montoya Martínez y Luis Antonio García Sepúlveda, *Historia de la radio en Culiacán, Sinaloa*, Impresiones Cosío, Culiacán, Sinaloa, 2006, 218 pp.

La historia de la radio en Culiacán es la historia contemporánea de nuestro país, ambos procesos históricos están entremezclados en una gran cantidad de aspectos de la vida pública, como el desarrollo económico, la evolución social, el embrollo político del partido único que gobernó al país por más de siete décadas continuas y, también la radio ha sido un espejo que en buena medida ha reflejado nuestras manifestaciones culturales. Los autores, Roberto Montoya Martínez y Luis Antonio García Sepúlveda, logran dar cuenta de un largo